

INVESTIGACIÓN

El yelmo de Mambrino, o las reglas del lenguaje

Mambrino's helmet,
or the rules
of language

Margot Agami Sobol*

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

maragami@gmail.com

Resumen

A partir del análisis de algunos extractos de la obra de Cervantes, este trabajo explora la relación entre las nociones wittgensteinianas de “juego de lenguaje” y “forma de vida” y las consideraciones sobre el lenguaje que implícita o explícitamente encontramos en el *Quijote*. A partir de ciertas prácticas lingüísticas, como nombrar o imitar el lenguaje de la caballería andante, don Quijote introduce un mundo distinto en la realidad de los demás personajes de la novela. En el famoso capítulo VIII de la Primera parte de la obra de Cervantes, don Quijote llama “gigantes” a los molinos de viento. En tanto que su uso del lenguaje dispara en el personaje una serie de comportamientos particulares, o prácticas ligadas a dicha rotulación, la tesis de este trabajo es que no se trata de un mero problema de denominación. Las prácticas lingüísticas de don Quijote revelan que el significado no es estable, universal ni unívoco, sino que su naturaleza es dinámica, contingente e intersubjetiva, cualidades que Wittgenstein atribuye a sus conceptos de “juego de lenguaje” y “forma de vida”.

PALABRAS CLAVE: perspectivismo lingüístico, lenguaje, significado, juego de lenguaje, forma de vida.

Abstract

Based on the analysis of some extracts from Cervantes' work, this paper explores the relation between Wittgenstein's “language-game” and “form of life” with thoughts on language that we implicitly or explicitly find in *Don Quixote*. From certain linguistic practices such as naming or imitating the language of the cavalry, don Quixote introduces a different world into the reality of the other characters in the novel. In the famous chapter VIII of the first part of Cervantes' work, don Quixote calls the windmills “giants”. While his use of language triggers a series of behaviors, or practices, linked to this labeling, the thesis of this

Recepción 03-01-20 / Aceptación 07-03-20

* Licenciada en Letras por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México (2010) y maestra en Filosofía (2015) por la misma institución, con el artículo “Acciones y relatos: una lectura de la acción en Hegel”. Ha participado en diversos coloquios organizados por el Departamento de Filosofía de la Universidad Iberoamericana, como: Paul Ricoeur (1913-2013): interpretar y comprender (2013); coloquio Cervantes y Shakespeare: en las fronteras de la filosofía y la literatura (2016), y el homenaje a Iris Murdoch en el centenario de su nacimiento, Iris: entre la filosofía y la literatura (2019); con ponencias que llevan a diálogo la literatura y la filosofía. Asimismo, publicó el artículo “Llámenme Moby, o narrar la ballena”, en el volumen *Incommensurabilidad. Tres ensayos sobre Moby Dick* (2015), de la colección Las lecturas de Sileno, editado por la Universidad Iberoamericana.

work is that it is not a mere naming problem. Don Quixote's linguistic practices reveal that meaning is not stable, universal, or unambiguous, but that its nature is dynamic, contingent, and intersubjective, qualities that Wittgenstein attributes to his concepts of "language-game" and "form of life".

KEYWORDS: linguistic perspectivism, language, meaning, language game, form of life.

Y parecía como si [los pasos] estuviesen de una manera singular predeterminados, anticipados, como sólo el significar puede anticipar la realidad.

LUDWIG WITTGENSTEIN. *INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS*, §188

El universo se viste inevitablemente de nuestro color y todo objeto cae sucesivamente en el sujeto mismo [...] Tal como soy, veo; cualquiera que sea el lenguaje que usemos, no podremos decir salvo lo que somos.

RALPH WALDO EMERSON. *EXPERIENCIA*.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran [...].¹

Este episodio, acaso la imagen más recordada de la novela de Cervantes, es famoso y no necesita presentación. La novela de Cervantes demanda ser leída cada vez con nuevos ojos; toda lectura del *Quijote* es prueba incontestable del horizonte inagotable de la obra.

El episodio de los molinos, situado en el capítulo VIII de la Primera parte, contiene una de las imágenes más representativas del *Quijote*; desde su temprano lugar en la obra retrata con frescura el “extraño” comportamiento de su protagonista; el cual se anuncia, ya desde las primeras páginas, como esto: don Quijote está confundido.

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.²

¹ Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha* (Ciudad de México: Real Academia Española, 2004), 75.

² Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 30.

El origen de su confusión fue la lectura de novelas, que lo llevó a decidir como necesario y urgente restaurar el mundo de la caballería andante. A partir de esta decisión de don Quijote surgen los primeros eslabones de una larga cadena de confusiones: su flaco rocín *le parece* mejor que el Bucéfalo de Alejandro y el Babieca del Cid; *le parece bien* nombrar como “señora de sus pensamientos” a la moza labradora Aldonza Lorenzo, denominándola “‘Dulcinea del Toboso’ [...] nombre, a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto”.³ Antes se había llamado a sí mismo “don Quijote de la Mancha”. Nombrar o renombrar es la primera acción que el caballero ejerce sobre el mundo, que “después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación”,⁴ empezó a transformarse.

La operación de nombrar es también la primera acción que instaaura *el mundo de don Quijote* en la realidad de los habitantes de La Mancha. Como si nombrando, don Quijote hiciera existir en el universo de los personajes los objetos elementales que configuran el mundo de la caballería andante: el suyo propio.

En el relato de su primera salida, el narrador da cuenta de una segunda transformación asociada al lenguaje: preparado con todas sus armas y listo para su primera aventura, además del “mal talle”, don Quijote había adoptado las formas de hablar de la caballería andante “ensartando [...] disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje”⁵ —el cual, por cierto, las damas de la venta no comprenden para nada y al escucharlo le provoca una tremenda carcajada. Su “disparatada” forma de hablar es la segunda operación lingüística que don Quijote introduce en el mundo de La Mancha.

³ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 33.

⁴ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 32.

⁵ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 36.

Así se van tejiendo los hechos y los nombres —don Quijote se refiere al ventero como “castellano” quien, al ser andaluz y no de Castilla no comprende que su denominación, en la mente de don Quijote, está tejida con el castillo que al caballero *pareció* la venta— hasta llegar al famoso episodio de los molinos, en el que ocurre la tercera confusión lingüística de la que dimos cuenta al principio: don Quijote confunde los molinos con gigantes. Parece que los rótulos, las etiquetas para las cosas, se hubieran desordenado en la mente de don Quijote; al objeto que Sancho con tanta claridad ve y llama “molino”, él lo señala y dice: “gigante”.

¿Es esto un mero problema de denominación? ¿Don Quijote confunde los nombres, rótulos o etiquetas con que distinguimos los objetos?

Juzgando por la subsecuente acción del caballero andante y su tragicómico resultado, no parece adecuado decir que se trata de un mero problema de denominación, pues designar los “molinos” como “gigantes” desata en don Quijote un comportamiento particular; es decir, su uso del lenguaje determina una serie de acciones y detona un cierto tipo de prácticas.

“¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?”.⁶ La explicación del protagonista para esta confusión es, como sabemos, “que las cosas de la guerra [...] están sujetas a continua mudanza” y que un encantador había vuelto los gigantes en molinos por quitarle al caballero la gloria de vencerlos. En un mundo contingente, sujeto a los caprichos de la eterna mudanza, ¿es posible fijar los rótulos en las cosas, es posible, a saber, establecer significados?

En su texto “Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*”,⁷ Leo Spitzer analizó algunos casos de polionomasia y polietimología en, por ejemplo, la inestabilidad y variedad de los nombres dados y usados por algunos

⁶ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 76.

⁷ Leo Spitzer, “Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*” en *Lingüística e historia literaria*, de Leo Spitzer (Madrid: Gredos, 1989), 135-187.

personajes de la novela de Cervantes. Spitzer señala “los frecuentes debates (entre don Quijote y Sancho, principalmente), que nunca llegan a una conclusión definitiva sobre la relativa superioridad de una u otra palabra o frase. Parece como si Cervantes mirase el lenguaje desde el ángulo del perspectivismo”.⁸ Esto demuestra el deseo de Cervantes por destacar los diferentes aspectos bajo los cuales puede aparecer la realidad a cada uno de los personajes. El autor, señala Spitzer, adopta una actitud perspectivista sobre el lenguaje.

Ciertamente, a lo largo y ancho de la novela nos enfrentamos a la inestabilidad de los nombres, como señala Spitzer. Desde el comienzo, se da cuenta de la variedad de testimonios sobre la identidad del protagonista de “tan verdadera historia”: se nombra al personaje como Quijada, Quesada o Quijana, mientras que él se denomina a sí mismo Quijote. La forma equívoca en que algunos personajes emplean nombres propios y palabras comunes prueba una variedad de viciosas maneras de nombrar la realidad, lo que pone en juego la veracidad de la historia y evidencia la posible diversidad de testimonios, así como la inestabilidad en la comprensión de un mismo fenómeno por diferentes personajes. Sancho Panza, por ejemplo, observa Spitzer:

...multiplicará los nombres simplemente porque todas las formas de nombres que retiene son sólo aproximaciones del nombre real; varían porque no es capaz [...] de retenerlos fijamente. Sancho se deja llevar de lo que los lingüistas llaman *etimologías populares*; es decir, altera los nombres según las asociaciones que más convienen a su horizonte intelectual. A veces nos ofrece múltiples variaciones; pero incluso cuando sólo entra en juego una variante, todavía sigue en pie el efecto de la polionomasia por el hecho de que el nombre real está también presente en la mente del lector.⁹

⁸ Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 135-36.

⁹ Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 141.

Para Spitzer, el perspectivismo lingüístico de Cervantes sirve también como elemento para articular un posible elemento ontológico: al igual que los nombres, susceptibles de varias etimologías, los individuos, “pueden ser engañados por las perspectivas bajo las que ven el mundo igual que por las etimologías que establecen”.¹⁰ El perspectivismo de Cervantes provoca que el mundo de las palabras aparezca distinto para diferentes personajes, mientras que el narrador “puede tener su propio punto de vista, como creador, sobre los nombres, [y] así también contempla[r] la historia que nos va narrando desde su propia y personal posición panorámica”.¹¹

Estos trueques lingüísticos, continúa Spitzer, ponen de manifiesto que ciertos acontecimientos puedan parecer diferentes a dos personajes distintos.

Esto quiere decir que en la novela de Cervantes las cosas se representan no por lo que ellas son en sí, sino sólo en cuanto objeto de nuestro lenguaje o de nuestro pensamiento; y ello implica en el narrador romper la representación en dos puntos de vista. Es imposible la certeza respecto a la realidad no rota u objetiva de los acontecimientos: la única verdad indubitable a la que debe atenerse el lector es la voluntad del novelista que optó por romper la unidad multivalente en diferentes perspectivas.¹²

El análisis de Spitzer acierta en detectar que la inestabilidad de los nombres no implica únicamente un uso “inadecuado” del lenguaje, sino que éste determina la relación que mantienen con el mundo. Spitzer apunta a una relación intrínseca entre ontología y lenguaje, donde, al igual que los nombres son susceptibles de adquirir varias etimologías, el mundo también puede ser objeto de distintas interpretaciones.

¹⁰ Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 150.

¹¹ Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 150.

¹² Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 163.

Parto de las observaciones de Spitzer sobre la inestabilidad de los nombres que aparece en el *Quijote* para sumar al análisis otro sentido de aproximación a dicho fenómeno que, me parece, no debe reducirse solamente a un problema de perspectivismo.

Lo que quiero decir es que el uso equívoco, inadecuado o simplemente distinto del lenguaje que lleva a cabo don Quijote va más allá de los rótulos, de las palabras entendidas como etiquetas con las que nombramos el universo: el uso anormal del lenguaje desestabiliza el mundo mismo, pone en entredicho los fundamentos sobre los cuales construimos nuestra certeza sobre el significado y la comunicabilidad del lenguaje mismo. Los objetos que don Quijote nombra no están en *este* mundo, y eso basta para trastornar tanto al mundo de La Mancha como al lenguaje que los enuncia.

La intuición de Cervantes es similar a la preocupación que originó la segunda parte de la obra de Ludwig Wittgenstein: que los fundamentos sobre los cuales basamos nuestras creencias de cómo funciona el lenguaje, aquellos que determinan la posibilidad de ponernos de acuerdo y los del significado en sí, no son tan estables como parecen. Sin embargo, hemos aprendido a hablar y vivir a pesar de, y acaso también en provecho de, esta inestabilidad.

Lo más interesante, me parece, no es cuántas perspectivas derivan de una manera de referirse al mundo, sino cuántas de estas maneras podemos compartir y comprender. Nuestra pregunta será entonces esta: ¿qué es lo que posibilita, en la novela de Cervantes, el horizonte de comprensión del mundo de don Quijote?

El centro de nuestro análisis será el capítulo XXI de la Primera parte del *Quijote*, donde se refiere la aparición del famoso yelmo de Mambrino; la fundamentación se dará a partir de algunas ideas planteadas por Wittgenstein en la segunda parte de su obra, tanto en las *Investigaciones filosóficas*, como en los *Cuadernos azul y marrón*, así como algunos comentarios al respecto de esta obra. Quiero aclarar que mi objetivo es

detectar algunas reflexiones sobre el lenguaje en la novela de Cervantes, sin tipificar ni topificar al *Quijote* con los términos wittgenstenianos, ni aplicar tan estrictamente los conceptos que, por lo demás, debido al estilo y carácter de la obra de Wittgenstein, son en sí mismos oscuros y elípticos. Pienso que algunos de éstos se prestan para los juegos que con tanta frescura practicamos los lectores de Cervantes. Mi interés radica en ver cómo algunas nociones de Wittgenstein entran en juego en el *Quijote* y cómo esta obra pone en juego las mismas nociones.

Quiero regresar al texto de Spitzer y su teoría del perspectivismo lingüístico de Cervantes. Dice: “el artista Cervantes [...] sabe muy bien que la transparencia del lenguaje es una realidad solamente para Dios”,¹³ lo que coloca a todos los personajes, incluyendo al narrador del *Quijote*, en un terreno inestable para el significado, al tiempo que los vuelve testigos muy poco confiables para narrar la realidad. Además de situar la obra de Cervantes en el marco de una cosmovisión cristiana medieval, en boga en la época del autor, esta declaración de Spitzer nos acerca a una de las intuiciones de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein: no hay tal cosa como el *significado de una palabra* en un sentido universal e independiente del uso que hacemos de ella *en cada caso*. En la segunda parte de su obra, Wittgenstein se decidió por la pragmática, a saber, por los usos que hacemos del lenguaje como la dimensión determinante del significado. El uso de las palabras está determinado por el *juego de lenguaje* que empleamos al proferir cierta palabra o enunciado en un contexto establecido. Si nuestra relación con el mundo se establece por el lenguaje y en la medida en que articulamos con el lenguaje lo que nos pasa le otorgamos significado, cada vez que usamos una palabra lo hacemos dentro de un juego de lenguaje, que se inscribe dentro de una *forma de vida*, la cual permite la enunciación y comprensión de dichos juegos de lenguaje.

¹³ Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 177.

Juego de lenguaje y forma de vida son conceptos centrales para comprender la postura del segundo Wittgenstein frente al lenguaje. Su centralidad acusa también su oscuridad, pues Wittgenstein nunca proporciona definiciones precisas de estas nociones. Sin afán de agotar el tema, quiero recorrer breve y sintéticamente estos conceptos, hasta donde permite el límite de mi comprensión y hasta donde nos son útiles para el presente análisis.

En el párrafo 19 de las *Investigaciones filosóficas*,¹⁴ Wittgenstein dice que “imaginar un lenguaje significa imaginar una forma de vida”;¹⁵ más adelante, en el párrafo 23, que “la expresión ‘juego de lenguaje’ debe poner de relieve aquí que *hablar* el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida”.¹⁶ Antes, en el párrafo 7: “un ‘juego de lenguaje’ es un todo consistente de lenguaje y de las acciones con las que está entretejido”.¹⁷ Wittgenstein advirtió que en ocasiones uno debe “mirar y ver” cómo las palabras, los enunciados y las acciones humanas adquieren significados específicos en un contexto de uso determinado. Enfatizó que el significado es resultado de los juegos de lenguaje que mantienen individuos que comparten formas de vida. Es entonces algo social e intersubjetivo, y se establece por medio de criterios de uso. No es subjetivo ni objetivo ni arbitrario, es fluido y dinámico y puede, por tanto, reflejar y responder a interacciones humanas.

Para Wittgenstein, conocer el significado de una palabra implica saber usarla apropiadamente en un contexto determinado, lo que equivale a conocer la gramática específica de ese juego de lenguaje. Las reglas y la gramática se ligan a formas de vida, concepto que comprende las acciones, respuestas y hasta las prácticas socio-culturales que conforman

¹⁴ Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas* (Madrid: Gredos, 2009).

¹⁵ Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 179.

¹⁶ Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 185.

¹⁷ Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 171.

el contexto de uso del lenguaje de una comunidad de individuos. Toda forma de vida constituye un mundo y debe asumirse sin más; no es justificada ni injustificada, más bien es ella quien da razón a nuestros usos lingüísticos y conceptuales, así como las prácticas, comportamientos y acciones que propicien (o detonen) dichos usos.

El significado y el conocimiento están íntimamente vinculados, en tanto que son compartidos por una comunidad lingüística. Esto quiere decir que uno no entiende únicamente partículas de lenguaje, sino que todo entendimiento implica comprender el juego de todo lenguaje, sus reglas y su gramática “que definen el uso lingüístico encarnado en una forma particular de vida”.¹⁸

En este sentido, no hay, no puede haber otro criterio para establecer “hechos” ni “verdades” en cuanto al significado fuera del uso adecuado o inadecuado determinado por un contexto particular. El significado se establece en función de un acuerdo humano, de prácticas compartidas que operan como criterios de significación y aplicación correcta o incorrecta. En el párrafo 241 Wittgenstein se pregunta: “Por tanto, ¿estás diciendo que el acuerdo humano decide sobre lo que es verdadero y lo que es falso? —Es lo que los seres humanos dicen lo que es verdadero o falso; y se ponen de acuerdo en el lenguaje que usan. No es un acuerdo de opiniones sino de una forma de vida”.¹⁹

Son las formas de vida, a saber, el conjunto de hábitos, prácticas, normas e instituciones que definen una comunidad, lo que en último término establece los criterios de comprensión de un lenguaje.

Stanley Cavell, en su “Excursus sobre la visión wittgensteiniana del lenguaje”²⁰ aclara que, si bien nuestros criterios de significación le dan

¹⁸ James Robinson, “Wittgenstein: sobre el lenguaje”, *Estudios* 102, vol. X, (otoño 2012).

¹⁹ Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 345-347.

²⁰ Stanley Cavell, “Excursus sobre la visión wittgensteiniana del lenguaje”, de Stanley Cavell *Reivindicaciones de la razón: Wittgenstein, escepticismo, moralidad y tragedia* (Madrid: Editorial Síntesis, 2003).

una regularidad a los juegos de lenguaje, dicha aparente normalidad no asegura la existencia del objeto que se nombra ni su verdad. Sobre la propuesta de Wittgenstein acerca de los criterios, Cavell concluye que aunque sean necesarios para nosotros, pobladores normales del mundo —o lo que llamamos mundo—, los criterios de significación propuestos por Wittgenstein en las *Investigaciones* tienen, cuando menos, cinco condicionantes:

Que [1] las convenciones humanas no son arbitrarias sino constitutivas del habla y actividad significativas; [...] [2] que la comprensión mutua, y en consecuencia el lenguaje, depende de nada más y nada menos que de formas compartidas de vida, llámense nuestra mutua sincronización o acuerdo en nuestros criterios [...] que [3] los criterios son aparentemente necesarios para nuestro conocimiento de la existencia y la realidad, y que a la vez pueden ser, aparentemente por necesidad, repudiados. [...] [4] normalmente la presencia de criterios (el hecho de que nosotros digamos, verdaderamente, “eso es lo que nosotros llamamos ‘contener el enojo’”) nos asegurará la existencia de su objeto (él ahora se siente enojado), pero no inevitablemente (¿deductivamente?), y sugería que [5] lo que esto significa no es que normalmente (usualmente) un enunciado hecho sobre la base de un criterio sea verdadero, sino que es verdadero de los pobladores normales de nuestro mundo, o de cualquier cosa que identifiquemos como parte de nuestro mundo.²¹

Esta siempre truncada discusión de las nociones centrales del pensamiento sobre el lenguaje del segundo Wittgenstein será suficiente para volver a la novela de Cervantes y ponerlas en juego en el capítulo del *Quijote* que nos ocupa: la aparición del yelmo de Mambrino, las disputas, discusiones y soluciones que provoca.

²¹ Cavell, “Excursus sobre la visión”, 242.

Se recordará el famoso capítulo XXI “que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino”, cuando don Quijote descubre “un hombre a caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro”, y lo reconoce al instante como el yelmo encantado del rey moro Mambrino. La trama del capítulo es bien conocida; lo que puede pasarse por alto es la gran cantidad de referencias al “decir”, al “lenguaje”, al “uso del lenguaje”, que abundan en este episodio. Así, por ejemplo, en cuanto avista el codiciado yelmo, don Quijote le dice a Sancho “que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia”,²² aludiendo al refrán como una emisión del lenguaje común que tiene sentido en contextos particulares. Sancho le advierte que: “—*Mire* vuestra merced bien lo que *dice* y mejor lo que *hace*, [...] que no querría que fuesen otros batanes que nos acabasen de *abatantar* y aporrear el sentido”, y que si él “pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que *dice*”.²³ A lo que don Quijote responde, intrigado: “—¿Cómo me puedo engañar en lo que *digo*?”.²⁴

Las múltiples referencias a “decir” y al “engaño”, y la invención del neologismo “abatantar” tienen parte de su razón en los acontecimientos del capítulo anterior, la aventura de los batanes. Este apartado es particularmente iluminador para nuestro análisis pues en él se muestra algo clave: en el transcurso de la novela, y en la medida en que pasa más tiempo con don Quijote, Sancho aprende y aprehende el juego de lenguaje y la forma de vida del protagonista.

No olvidemos que la misión de don Quijote es educar a Sancho en la caballería andante, lo que implica una serie de prácticas lingüísticas y no

²² Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 188.

²³ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 188.

²⁴ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 188.

lingüísticas que el escudero debe aprehender para participar en el juego y ganarse el título de gobernador de la ínsula.

Recordemos la escena y el gesto de Sancho en el capítulo de los batanes: aterrorizado por la oscuridad de la noche y el ruido violento de los aún no avistados batanes, y la incontinenencia de don Quijote por ir en busca de aventuras y renombre aún en circunstancias adversas y a pesar de los preocupados ruegos de su fiel escudero:

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.²⁵

La solución de Sancho es verdaderamente genial. Entra de lleno en el juego de don Quijote y acciona un mecanismo que sabe producirá el efecto justo: amarra las patas de Rocinante fingiendo un nuevo encantamiento y de esta manera impide la partida del caballero, quien sin más se resigna a esperar la mañana.

Lo que nos interesa, como establecimos al principio, es el hecho de que el uso del lenguaje de don Quijote va más allá de la pura denomi-

²⁵ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 177.

nación, es decir, más allá de la correspondencia entre las palabras y las cosas. El uso del lenguaje determina también sus acciones y costumbres que, como demuestra el aprendizaje de Sancho, también están basados en criterios y reglas y son, por tanto, comunicantes y reproducibles. Su uso aparentemente inadecuado del lenguaje determina la relación que mantiene con el mundo, además de que puede ser comprendido, aprehendido, imitado o hasta fingido por los otros.

El que su juego de lenguaje vaya más allá de la denominación implica que lo que subyace es una forma de vida, una serie de comportamientos, acciones y reacciones asociadas a un uso del lenguaje. Además, como el mundo de don Quijote está en constante transformación, el caballero busca una regla; pero, al reconocer que la condición mutable del mundo no va a ceder, pretende ajustar su lenguaje y sus acciones a las necesidades de estos cambios.

En la aventura de los batanes, Sancho demuestra haber aprendido lo que tiene que hacer: decir unas cosas y hacer otras para impedir que don Quijote salga a la aventura. Además, por el lado de Sancho, al final del episodio está la promesa de algo valioso. En la medida en que aprenda el lenguaje de don Quijote y sólo en tanto que participe de su juego, será gobernador de la ínsula.

La aventura de los batanes es una parodia genial de la modulación de nuestros criterios y nuestro lenguaje en un contexto particular. El caballero y su escudero al darse cuenta, a la mañana siguiente, de que las terribles criaturas no eran más que batanes, se ven obligados a replantear toda su teoría.

Además de mostrar, como establecimos con Cavell, que todo el tiempo formamos nuevos criterios de lo que “decimos y hacemos”, en la aventura de los batanes se da cuenta de otro fenómeno: en el decurso de nuestros haceres y decires, el lenguaje no sale inmune. En este caso, la acción resulta en el advenimiento de un nuevo término: se inaugura la palabra “abatanar” y con ella unas reglas, un juego de lenguaje y una forma de

vida compartida por don Quijote y Sancho. Una nueva palabra y su uso dan inicio a una sociedad de dos personas que se entienden. Así, en el capítulo del yelmo, Sancho advierte a don Quijote que tenga cuidado con avistar otros sucesos que les vuelvan a abatanar y *aporrear el sentido*.

Volviendo a la anécdota del yelmo, don Quijote ajusta a su lenguaje lo que ve: la brillante bacía de azófar en la cabeza del barbero se acomoda a su forma de vida como el codiciado yelmo de Mambrino. El genial giro de la frase de Cervantes logra mantener la doble carga nominativa del objeto:

“[Don Quijote] Mandó a Sancho que alzase *el* yelmo, [en masculino] el cual, tomándola [en femenino] en las manos, dijo: Por Dios que *la bacía* es buena y que vale un real de a ocho como un maravedí”.²⁶ Wittgenstein, en el *Tractatus*, sostuvo primero una visión atomista del lenguaje; con su ulterior viraje hacia la visión pragmática podemos decir que, en apariencia, el problema de don Quijote está en nombrar (etiquetar, por ejemplo, los molinos como gigantes o la bacía como yelmo), pero después se convierte en un asunto mucho más complejo: son las formas de vida que existen y dejan de existir y luego reaparecen y determinan cómo hablamos del mundo. La proliferación de diferentes formas de vida permite que los molinos sean gigantes, y la bacía, el yelmo de Mambrino.

En el texto sobre Wittgenstein, Cavell anota:

Cualquier forma de vida y todo concepto integrante de la misma tiene un número indefinido de instancias y direcciones de proyección; y que esa variedad no es arbitraria. Ambas, la varianza “externa” y la constancia “interna”, son necesarias para que un concepto cumpla sus tareas —de significado, comprensión y comunicación, etc.—, y, en general, la tarea de guiarnos por el mundo, y de relacionar pensamiento, acción y sentimiento, con el mundo

²⁶ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 190.

[...] el hecho de que el lenguaje es un campo ilimitado de posibilidades y que no puede dictar lo que se diga ahora, no puede asegurar el sentido de lo que se dice, su profundidad, su utilidad, su precisión, su agudeza, del mismo modo que no puede garantizar su verdad respecto al mundo. Lo que equivale a decir que el lenguaje no es sólo una adquisición sino un legado.²⁷

Con el mismo humor con que recordamos el capítulo del yelmo, traemos a colación el reencuentro, en el capítulo XLIV, de don Quijote con el barbero propietario de la bacía-yelmo: se enfrentan en una acalorada discusión sobre la propiedad, la naturaleza y el nombre del objeto en cuestión:

“—¡Porque vean vuestras mercedes”, reclamaba don Quijote, “clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues *llama* bacía a lo que fue, es y será yelmo de Mambrino, el cual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor dél con ligítima y lícita posesión!”²⁸ Para amainar y solucionar el conflicto, Sancho llega con otra genial ocurrencia: se refiere al objeto como “*baciyelmo*”, neologismo que resuelve para uno y para otro el problema del nombre.²⁹ Con la invención de la palabra baciyelmo, Sancho abre un terreno donde dos formas de vida pueden coexistir, convivir e interactuar pacíficamente. Instauro una zona de transición y comprensión para dos formas de vida.

²⁷ Cavell, “Excursus sobre la visión”, 262-267.

²⁸ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 464.

²⁹ En su estudio, Spitzer anota que la creación del baciyelmo ejemplifica el perspectivismo lingüístico de Cervantes como formación lingüística bifocal, basada en la observación de don Quijote de que “eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa”. En la mente de Sancho, el debate sobre la identidad del objeto puede enunciarse de este modo: “Si una cosa me parece a mí como *a* y a ti como *b* puede ser que en realidad no sea ni *a* ni *b* sino *a + b*”. En cuanto a la invención del neologismo, Spitzer anota que “en la mayor parte de los casos, Cervantes acata el lenguaje, aunque duda de él: a una bacía no puede llamarla más que ‘bacía’; a un yelmo sólo puede darle el nombre ‘yelmo’; pero con la creación de *baciyelmo* se libera de las limitaciones del lenguaje”. Spitzer, “Perspectivismo lingüístico”, 165-166.

Al respecto y en sincronía con el texto de Spitzer, Jacques Joset observó que

la palabra híbrida lo es también del perspectivismo cervantino. Toda verdad es problemática y toda aserción relativa: lo que para uno es bacía, para otro es yelmo y, en caso de vacilación de la razón o de oportunismo, baciyelmo. Sancho —¿quién dudaría de ello?— sabe lo que es una bacía pero las circunstancias le aconsejan sacar partido de la locura de su amo: su albarda-jaez está en juego. La libertad lingüística es también fruto de la necesidad.³⁰

En conclusión, se pueden rastrear en la novela de Cervantes un montón de problemas en torno al lenguaje, la verdad y el significado. Como si lo que estuviera en juego en la llamada locura de don Quijote fueran los presupuestos del lenguaje mismo; a saber: cómo hablamos del mundo y en qué medida los objetos de éste lo son primero de nuestro lenguaje. Las prácticas discursivas de don Quijote, por más excéntricas, son comunicantes, se pueden comprender, imitar y hasta fingir; en ese sentido, forman parte de un juego de lenguaje que puede ser compartido con otros. La denominación de don Quijote no es aleatoria, responde a una serie de creencias, prácticas, usos y costumbres: lo que Wittgenstein reconoce como “forma de vida”. En el parágrafo 293 de las *Investigaciones*, para analizar el lenguaje de las sensaciones, Wittgenstein dice:

Supongamos que cada uno tuviera una caja y dentro hubiera algo que llamamos “escarabajo”. Nadie puede mirar en la caja de otro; y cada uno dice que él sabe lo que es un escarabajo sólo por la vista de su escarabajo. —Aquí podría muy bien ser que cada uno tuviese una cosa distinta en su caja. Sí,

³⁰ Joset, Jacques. Lectura del capítulo XLIII. *Cervantes virtual*. http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/cap44/nota_cap_44.htm

se podría imaginar que una cosa así cambiase continuamente.— ¿Pero y si ahora la palabra “escarabajo” de estas personas tuviese un uso? —Entonces no sería el de la designación de una cosa. La cosa que hay en la caja no pertenece en absoluto al juego de lenguaje; ni siquiera como un algo: pues la caja podría incluso estar vacía.— No, se puede “cortar por lo sano” por la cosa que hay en la caja; se neutraliza, sea lo que fuere.³¹

Podríamos decir que el yelmo de don Quijote es un escarabajo wittgensteniano. Importa menos el objeto que haya o no dentro de la caja mientras podamos establecer criterios que nos permitan producir y compartir significados. Así, cuando Sancho admite el yelmo y explora su posibilidad, se abre para él un nuevo mundo, la posibilidad de ser conde y establecer nuevos usos y costumbres: “—Digo que tienes razón [...] y que así puedes tú llevar a tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron a una”,³² sentencia wittgenstenianamente don Quijote.

Hemos visto que los significados del mundo de don Quijote no están en su universo, y eso basta para desestabilizarlo, así como su lenguaje. Encontramos simetría en la intuición de Cervantes y de Wittgenstein, en cuanto a que los fundamentos sobre los cuales construimos significados y los del funcionamiento del lenguaje no son tan estables como nos gustaría creer. Aún así, es posible ponernos de acuerdo y mantener vivo y operante el lenguaje que usamos para hablar del mundo.

En nuestra realidad no existen ya gigantes ni yelmos de Mambrino; hemos olvidado las formas de vida que contenían tales significados. Don Quijote vino a reivindicar una forma de vida, restaurarla y recordarnos que cuando se trata del mundo, el terreno en disputa es siempre lenguaje.

³¹ Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 371.

³² Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 199.

Referencias

- Cavell, Stanley. “Excursus sobre la visión wittgensteiniana del lenguaje”. En *Reivindicaciones de la razón: Wittgenstein, escepticismo, moralidad y tragedia* de Stanley Cavell. Madrid: Editorial Síntesis, 2003.
- De Cervantes, Miguel. *Don Quijote de la Mancha*. Ciudad de México: Real Academia Española, 2004.
- Joset, Jacques. “Lectura del capítulo XLIII”. *Cervantes virtual*. http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/edicion/parte1/cap44/nota_cap_44.htm
- Robinson, James. “Wittgenstein: sobre el lenguaje”. *Estudios* 102, vol. x, (otoño 2012): 7-320.
- Spitzer, Leo. “Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*”. En *Lingüística e historia literaria* de Leo Spitzer, 135.187. Madrid: Gredos, 1989.
- Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones filosóficas*. Madrid: Gredos, 2009.